

MARISTELLA SVAMPA

Las fronteras del neoextractivismo en América Latina

**Conflictos socioambientales,
giro ecoterritorial y nuevas
dependencias**

Aus:

Maristella Svampa

Las fronteras del neoextractivismo en América Latina

**Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial
y nuevas dependencias**

Januar 2019, 144 p., kart.

14,99 € (DE), 978-3-8376-4526-2

E-Book: kostenlos erhältlich als Open-Access-Publikation

PDF: ISBN 978-3-8394-4526-6

El presente libro analiza el avance del neoextractivismo en América Latina, a través de cuatro núcleos fundamentales. 1) propone las categorías de neoextractivismo y de Consenso de los Commodities como ventanas privilegiadas para leer la crisis actual. 2) analiza de las fases del neoextractivismos, desde 2003 hasta la actualidad. 3) aborda las resistencias sociales y las nuevas gramáticas políticas, desde el concepto del giro ecoterritorial y coloca el acento en el avance de los pueblos indígenas y el protagonismo creciente de las mujeres. 4) ilustra la fase actual de expansión de las fronteras del extractivismo (territorialidades criminales, violencia patriarcal, energías extremas). El cierre propone una reflexión más general, acerca de la relación Norte-Sur y la crisis del Antropoceno.

Maristella Svampa es doctora en sociología, escritora e investigadora. Vive en Buenos Aires (Argentina) donde se desempeña como Investigadora Principal del Conicet y es Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata de Teoría Social Latinoamericana. Es autora de diversos libros sobre la problemática argentina y latinoamericana.

Weiteren Informationen und Bestellung unter:
www.transcript-verlag.de/978-3-8376-4526-2

Colección CALAS

Este libro forma parte de una colección especial de ensayos concebidos desde la investigación interdisciplinaria que se lleva a cabo en el Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS), donde tratamos de fomentar el gran reto de analizar aspectos críticos sobre los procesos de cambios sociales. CALAS ha sido concebido como una red afín a la perspectiva de los Centros de Estudios Avanzados establecidos en distintas universidades del mundo y busca consolidarse como núcleo científico que promueve el desarrollo y la difusión de conocimientos sobre América Latina y sus interacciones globales. CALAS funciona en red, la sede principal, ubicada en la Universidad de Guadalajara (México), y las sedes ubicadas en la Universidad de Costa Rica, Flacso Ecuador y Universidad Nacional de General San Martín en Argentina. Las instituciones latinoamericanas sedes están asociadas con cuatro universidades alemanas: Bielefeld, Kassel, Hannover y Jena; esta asociación fue impulsada por un generoso apoyo del Ministerio Federal de Educación e Investigación en Alemania.

Hemos decidido publicar esta colección de libros enfocados al análisis de problemas sociales, cuya relevancia trasciende linderos académicos. Se trata de aumentar la reflexión crítica sobre los conflictos más acuciantes en América Latina, como una contribución de primer orden para generar diálogos desde múltiples disciplinas y puntos de vista. Más allá de esto, el objetivo de esta serie es buscar caminos para afrontar las múltiples crisis.

Como reconocidos analistas en sus respectivos campos de investigación, los autores de estos volúmenes de ensayos nos invitan a ser copartícipes de sus reflexiones y a multiplicar los efectos de sus propuestas, a partir de su lectura.

Sarah Corona Berkin y Olaf Kaltmeier
Directores

Gerardo Gutiérrez Cham y Hans-Jürgen Burchardt
Codirectores

Índice

Introducción	11
---------------------	-----------

Capítulo 1. Neoextractivismo y desarrollo	14
--	-----------

Extractivismo y neoextractivismo	14
El neoextractivismo como “ventana privilegiada”	17
El neoextractivismo como estilo de desarrollo y modelo socioterritorial	21
Consenso de los Commodities e ilusión desarrollista	24

Capítulo 2. Conflictos socioambientales y lenguajes de valoración	31
--	-----------

Fases del neoextractivismo	31
Territorio y nuevos lenguajes de valoración	38
Matrices político-ideológicas y giro ecoterritorial de las luchas	41
Los conflictos socioambientales y sus escalas	45

Capítulo 3. Alcances del giro ecoterritorial	54
---	-----------

Tópicos del giro ecoterritorial	54
Neoextractivismo y pueblos indígenas	58
Feminismos populares del sur	64

Capítulo 4. Hacia un neoextractivismo de figuras extremas	69
--	-----------

El avance de la violencia extractivista	69
Enclaves y territorialidades criminales	71
La otra cara del patriarcado: extractivismo y cadenas de violencia	76

La expansión de las energías extremas y nuevos conflictos	78
La ampliación de la geografía de la extracción	85
Capítulo 5. Fin de ciclo y nuevas dependencias	90
<hr/>	
China y los marcos de una nueva dependencia	90
El fin del ciclo progresista como <i>lingua franca</i>	95
Los límites del progresismo realmente existente	100
Reflexiones finales. Dimensiones de la crisis sistémica	104
<hr/>	
Dimensiones de la crisis: el Antropoceno	104
Antropoceno, crítica al neoextractivismo y alternativas	109
Enfoques relacionales y vías de la interdependencia	115
Las dimensiones de la crisis en América Latina	119
Bibliografía	124
<hr/>	
Autora	141
<hr/>	

Agradecimientos

Agradezco al Grupo Permanente de Trabajo de Alternativas al Desarrollo, impulsado por la Fundación Rosa Luxemburgo e integrado principalmente por intelectuales y activistas de América Latina, entre ellos Alberto Acosta, Edgardo Lander, Miriam Lang, Horacio Machado Aráoz, Esperanza Martínez, Elizabeth Peredo, Emiliano Terán Mantovani, Luis Tapia, además de la autora de este trabajo, con quienes venimos debatiendo desde 2010 muchos de los temas que aparecen en este libro. En Argentina, mi agradecimiento especial a Enrique Viale, abogado ambientalista, con quien desde hace años compartimos un espacio de reflexión y de lucha, ligado a la defensa de la vida y los territorios.

Introducción

A principios del siglo XXI las economías latinoamericanas se vieron enormemente favorecidas por los altos precios internacionales de los productos primarios (*commodities*), y comenzaron a vivir una época de crecimiento económico. Esta nueva coyuntura coincidió con el cambio de época, caracterizado por el cuestionamiento del consenso neoliberal, las intensas movilizaciones sociales y el cuestionamiento de las formas más tradicionales de representación política. Posteriormente, en diversos países de la región, el ciclo de protesta se vio coronado por la emergencia de gobiernos progresistas, de izquierda o centroizquierda, los que, por encima de sus diferencias, combinaron políticas económicas heterodoxas con la ampliación del gasto social y la inclusión por el consumo. Arrancó así el denominado ciclo progresista latinoamericano, que se extendió al menos hasta 2015-2016.

Durante este periodo de rentabilidad extraordinaria, más allá de las referencias ideológicas, los gobiernos latinoamericanos tendieron a subrayar las ventajas comparativas del *boom* de los *commodities*, negando o minimizando las nuevas desigualdades y asimetrías económicas, sociales, ambientales, territoriales, que traía aparejada la exportación de materias primas a gran escala. Con el correr de los años, todos los gobiernos latinoamericanos sin excepción habilitaron el retorno en fuerza de una visión productivista del desarrollo, y buscaron negar o escamotear las discusiones acerca de las implicancias (impactos, consecuencias, daños) del modelo extractivo exportador. Más aún, de modo deliberado multiplicaron los grandes emprendimientos mineros y las megarrepresas, al tiempo que ampliaron la frontera petrolera y

agraria, esta última a través de monocultivos como la soja, los biocombustibles y la palma africana.

Paulatinamente y ante el desarrollo de los conflictos, un concepto, dotado de dimensiones analíticas y con una gran carga movilizadora, comenzó a recorrer la región para caracterizar el fenómeno emergente: *neoextractivismo*. Ciertamente es que no se trataba de un hecho completamente novedoso, pues sin duda los orígenes del extractivismo se remontan a la conquista y colonización de América Latina por Europa, en los albores del capitalismo. Sin embargo, al calor del nuevo siglo XXI, el fenómeno del extractivismo adquirió nuevas dimensiones, no sólo objetivas –por la cantidad y la escala de los proyectos, los diferentes tipos de actividad, los actores nacionales y transnacionales involucrados–, sino también de otras subjetivas, a partir de la emergencia de grandes resistencias sociales, que cuestionaron el avance vertiginoso de la frontera de los commodities y fueron elaborando otros lenguajes y narrativas frente al despojo, en defensa de otros valores –la tierra, el territorio, los bienes comunes, la naturaleza–.

Al mismo tiempo, la dimensión de disputa y de conflicto introducida por la nueva dinámica de acumulación del capital basada en la presión sobre los bienes naturales, las tierras y los territorios, fue generando enfrentamientos entre, por un lado, organizaciones campesino-indígenas, movimientos socioterritoriales, colectivos ambientales, y, por otro lado, gobiernos y grandes corporaciones económicas, lo cual abarcó no sólo a los regímenes conservadores y neoliberales, sino también a aquellos progresistas, que tantas expectativas políticas habían despertado. Definido ya como neoextractivismo, la nueva fase introdujo dilemas y fracturas dentro del campo de las organizaciones sociales movilizadas y de las izquierdas, que mostraron los límites de los progresismos realmente existentes, visible en su vínculo con prácticas políticas autoritarias e imaginarios hegemónicos del desarrollo. Hacia 2013, el fin del llamado “superciclo de los commodities”, lejos de significar un debilitamiento, nos confrontó con una profundización del neoextractivismo en todos los países. En la actualidad, la consolidación de la ecuación “a más extractivismo menos democracia” aparece ilustrada por la flexibili-

zación de los ya escasos controles ambientales existentes, así como por el endurecimiento de los contextos de criminalización y el incremento de los asesinatos a activistas ambientales, en el marco de la disputa por la tierra y el acceso a los bienes naturales.

En este texto me propongo hacer una síntesis de la expansión del neoextractivismo en la región latinoamericana a través de cinco capítulos. Para ello, en el primer capítulo me abocaré a presentar algunos de los conceptos críticos en relación con esta problemática, entre ellos neoextractivismo, Consenso de los Commodities e ilusión desarrollista. Para justificar su pertinencia, daré cuenta del modo en cómo estos conceptos arrojan luz sobre la crisis actual en sus diversas dimensiones. En el capítulo dos abordaré la conflictividad socioambiental, sus diferentes escalas, así como el nuevo lenguaje de valoración del territorio que se ha ido gestando al compás de esas luchas, al que he denominado *giro ecoterritorial*. En el capítulo tres propongo un abordaje de las complejidades que presenta el actual giro ecoterritorial, como tendencia presente en las luchas socioambientales, haciendo hincapié en los dilemas que atraviesan el reconocimiento de los derechos indígenas, así como en la expansión de nuevas formas de feminismo popular en la región. En el capítulo cuarto me ocuparé de dar cuenta de la nueva fase del neoextractivismo a través de sus figuras extremas: territorialidades criminales, violencia estatal y paraestatal, violencia patriarcal, en fin, expansión de las energías extremas. El capítulo cuatro indaga sobre el contexto geopolítico y las formas que asume la nueva dependencia en relación con China. Asimismo explora los límites del ciclo progresista y propone un balance del mismo, más allá de la expansión del neoextractivismo.

Finalmente, el libro se cierra con una reflexión sobre la crisis sistémica. Para ello retoma el concepto de Antropoceno, un diagnóstico que une la crisis socioecológica de alcance planetario con la crítica a los modelos de desarrollo vigentes. Al mismo tiempo avanza sobre algunos de los conceptos-horizontes que recorren el análisis crítico y el lenguaje de los movimientos sociales contrahegemónicos, tanto en América Latina como en Europa.

Capítulo 1. Neoextractivismo y desarrollo

En este primer capítulo presento los conceptos críticos más generales que guiarán el análisis a lo largo de este libro, a saber, neoextractivismo, Consenso de los Commodities e ilusión desarrollista. Asimismo, propongo establecer las líneas de continuidad y de ruptura entre extractivismo y neoextractivismo.

Extractivismo y neoextractivismo

El neoextractivismo es una categoría analítica muy productiva nacida en América Latina que posee una gran potencia descriptiva y explicativa, así como también un carácter denunciativo y un fuerte poder movilizador. Esta aparece a la vez como una categoría analítica y como un concepto de corte fuertemente político, pues nos “habla” elocuentemente acerca de las relaciones de poder y las disputas en juego y remite, más allá de las asimetrías realmente existentes, a un conjunto de responsabilidades compartidas y al mismo tiempo diferenciadas entre el norte y el sur global, entre los centros y periferias. Asimismo, en la medida en que alude a patrones de desarrollo insustentables y advierte sobre la profundización de una lógica de desposesión, tiene la particularidad de iluminar un conjunto de problemáticas multiescales, que definen diferentes dimensiones de la crisis actual.

Sería imposible a esta altura sintetizar los aportes y caracterizaciones debido a la profusión de artículos y libros existentes sobre el tema, lo cual se extiende a la utilización que los actores afectados y movimien-

tos sociales hacen de la categoría de neoextractivismo. En esta primera aproximación me interesa dar cuenta de algunas lecturas que apuntan a la pluridimensionalidad y multiescalaridad del fenómeno. Así, por ejemplo, en términos de modelo de acumulación todos los autores reconocen las raíces históricas del extractivismo. Para el economista ecuatoriano Alberto Acosta, “el extractivismo es una modalidad de acumulación que comenzó a fraguarse masivamente hace 500 años” y determinada desde entonces por las demandas de los centros metropolitanos del capitalismo naciente (Acosta 2012). En esa línea, como afirma el argentino Horacio Machado Aráoz, el extractivismo no es una fase más del capitalismo ni un problema de ciertas economías subdesarrolladas, sino que constituye “un rasgo estructural del capitalismo como economía-mundo”, “producto histórico-geopolítico de la diferenciación-jerarquización originaria entre territorios coloniales y metrópolis imperiales; los unos pensados como meros espacios de saqueo y expolio para el aprovisionamiento de los otros” (Machado Aráoz 2013). En sintonía con esta lectura, el venezolano Emiliano Terán Mantovani sostiene que el neoextractivismo puede leerse como un “particular modo de acumulación”, sobre todo respecto de las economías latinoamericanas, “que puede ser estudiado desde el ámbito social y territorial que abarca el Estado-nación, sin menoscabo de otras escalas de análisis territoriales” (Terán 2016, 257).

Otros trabajos señeros consideran el extractivismo como un estilo de desarrollo basado en la extracción y apropiación de la naturaleza, “que alimenta un entramado productivo escasamente diversificado y muy dependiente de una inserción internacional como proveedores de materias primas”. Así, para el uruguayo Eduardo Gudynas, el extractivismo está referido a un “modo de apropiación” antes que un modo de producción; esto es, “un tipo de extracción de recursos naturales”, que refiere a actividades que remueven grandes volúmenes o alta intensidad de recursos naturales, no procesados (o limitadamente), orientados a la exportación. A lo largo de la historia han existido sucesivas generaciones de extractivismos, destacándose en la actualidad los extractivismos de tercera y cuarta generación, caracterizados por el uso intensivo de agua, energía y recursos. Asimismo, hay diferencias entre el extractivismo tradicional –que repli-

can los gobiernos más conservadores de la región– y el neoextractivismo progresista, de nuevo tipo, donde el Estado juega un papel más activo en la captación del excedente y la redistribución, garantizando de ese modo cierto nivel de legitimación social, aun si por supuesto se repiten los impactos sociales y ambientales negativos (Gudynas 2009 y 2015).

Desde mi perspectiva, en coincidencia con muchos de estos análisis, la dimensión histórico-estructural del extractivismo está vinculada a la invención de Europa y la expansión del capital. Asociada a la conquista y el genocidio, el extractivismo en América Latina es así de larga data. Desde tiempos de la conquista, los territorios latinoamericanos han sido coto de destrucción y de saqueo. Rica en recursos naturales, la región se fue reconfigurando una y otra vez al calor de los sucesivos ciclos económicos, impuestos por la lógica del capital, a través de la expansión de las fronteras de las mercancías; una reconfiguración que a nivel local conllevó grandes contrastes entre rentabilidad extraordinaria y extrema pobreza, así como una gran pérdida de vidas humanas y de degradación de territorios, convertidos en áreas de sacrificio. Potosí, en Bolivia, marcó el nacimiento de un modo de apropiación de la naturaleza a gran escala y de un modo de acumulación, caracterizado por la exportación de materias primas y por un tipo de inserción subordinada en la economía mundial. Especialización interna y dependencia externa fueron consolidando lo que el venezolano Fernando Coronil llamó con acierto sociedades *exportadoras de naturaleza*.

La historia del extractivismo en la región no es empero lineal, pues aparece atravesada por los sucesivos ciclos económicos, dependientes de las demandas del mercado mundial,¹ así como por los procesos de consolidación del Estado nacional –sobre todo a mediados del siglo xx–, los cuales permitieron un determinado control de la renta extraordinaria, tanto de la minería como del petróleo.

¹ Como bien señala el sociólogo boliviano René Zavaletta (2009), dicha rotación puede ser ilustrada por la historia de la economía peruana, la cual saltó del ciclo de la plata y pasó sucesivamente por el *boom* del caucho, el guano, el salitre y nuevamente, en el presente, el auge minero.

Sin embargo, a comienzos del siglo XXI, el extractivismo se cargó de nuevas dimensiones. En ese contexto, donde es posible registrar continuidades y rupturas, es que el concepto aparece recreado como neoextractivismo. Continuidades porque, al calor de los sucesivos ciclos económicos, el ADN extractivista con que el capital europeo marcó la memoria larga de la región fue alimentando también un determinado imaginario social sobre la naturaleza y sus bondades. En consecuencia, el extractivismo fue asociado no sólo al despojo y el saqueo a gran escala de los bienes naturales, sino también a las ventajas comparativas y las oportunidades económicas que emergieron al compás de los diferentes ciclos económicos y del rol del Estado. No por casualidad, ante los progresismos reinantes, el neoextractivismo volvió a instalar con fuerza la ilusión desarrollista, expresada en la idea de que, gracias a las oportunidades brindadas por el nuevo auge de los commodities y más aún del papel activo del Estado, sería posible lograr el desarrollo.

Rupturas porque la nueva fase de acumulación del capital, caracterizada por la fuerte presión sobre los bienes naturales y territorios, más todavía por la expansión vertiginosa de la frontera de los commodities, abrió a nuevas disputas políticas, sociales y ecológicas, a resistencias sociales impensadas desde el imaginario desarrollista dominante; nuevas brechas de acción colectiva que cuestionaron la ilusión desarrollista al tiempo que denunciaron la consolidación de un modelo tendencialmente monoprodutor, que destruye la biodiversidad, conlleva el acaparamiento de tierras y la destrucción de los territorios.

El neoextractivismo como “ventana privilegiada”

A fin de aprehender lo propio del neoextractivismo contemporáneo, propongo una lectura en dos niveles: una más general, que plantea a éste como ventana privilegiada para dar cuenta de las dimensiones de la crisis actual, y otra más específica, que entiende el neoextractivismo como

un modelo sociopolítico-territorial, plausible de ser analizado a escala nacional, regional o local. Tal como entiendo el neoextractivismo, en las versiones forjadas en los últimos quince años desde América Latina, lejos de ser una categoría plana, constituye un concepto complejo, una ventana privilegiada para leer en sus complejidades y diferentes niveles las múltiples crisis que recorren las sociedades contemporáneas.

En primer lugar, el neoextractivismo se encuentra en el centro de la acumulación contemporánea. Efectivamente, como varios autores han señalado, el aumento del metabolismo social del capital en el marco del capitalismo avanzado exige cada vez más para su mantenimiento mayor cantidad de materias primas y energías, lo cual se traduce por una mayor presión sobre los bienes naturales y territorios. Aunque el intercambio metabólico entre el ser humano y la naturaleza es un tema que atraviesa de modo marginal los escritos de Marx,² éste aparece desarrollado por varios representantes del marxismo crítico (y ecológico) en épocas más recientes. Tanto J. O'Connor (2001) como J. Bellamy Foster (2000) subrayan los costos de los elementos naturales que intervienen en el capital constante y variable, la renta de la tierra y las externalidades negativas de toda clase. Mientras que Bellamy Foster habla de "la fractura metabólica", O'Connor denomina a este proceso "la segunda contradicción del capitalismo", señalando que "no hay término único que tenga la misma interpretación teórica que la tasa de explotación tiene en la primera contradicción" (capital/trabajo). Asimismo, ambos autores destacan la apropiación y uso autodestructivo por parte del capital de la fuerza de trabajo, la infraestructura, el espacio urbano, la naturaleza o el ambiente.³

² Como señala en sus escritos Michael Lowy (2011), esta perspectiva crítica ligada al intercambio metabólico entre el ser humano y la naturaleza (que da lugar a la crisis ecológica), se disocia de la vertiente productivista del marxismo predominante en el siglo xx. Véase para el tema Sacher (2016) y también Delgado (2016).

³ En esta línea, ya en los años setenta, autores marxistas como Henry Lefrèvre subrayaban la necesidad de ampliar las lecturas sobre la dinámica del capital. Así, frente a la dialéctica "osificada del capital y el trabajo", el sociólogo francés hacía apelación a una dialéctica del capital, del trabajo y del suelo, no solamente referida a los poderes de la naturaleza, sino de los agentes asociados a ella, incluidos el Estado, que ejerce soberanía sobre un territorio nacional. Citado en Coronil (2002).

Una lectura complementaria con la llamada “segunda contradicción del capitalismo” es la ofrecida por el geógrafo D. Harvey (2004), que coloca en el centro el proceso de acumulación primitiva del capital, analizada por Marx en *El Capital*, esto es, la expropiación y despojo de la tierra al campesinado, a quienes se arroja como proletarios al mercado de trabajo. La actualización de dicha interpretación, sumamente citada en la bibliografía latinoamericana, destaca la importancia de la dinámica de desposesión en la etapa actual, que avanza sobre bienes, personas y territorios. Dicha lectura reconoce un antecedente importante en la obra de Rosa Luxemburgo, quien a principios del siglo xx observaba el carácter continuo –y no asociado de modo exclusivo a los orígenes del capitalismo– de la “acumulación originaria primitiva”.

En segundo lugar, el neoextractivismo nos ilumina sobre la crisis del proyecto de modernidad, y de modo más general sobre la actual crisis socioecológica. Ciertamente, la inminencia de que estamos asistiendo a grandes cambios antropogénicos y sociogénicos a escala planetaria, que ponen en peligro la vida en el planeta (Antropoceno), se ha venido traduciendo por un cuestionamiento de las actuales dinámicas de desarrollo, ligadas a la expansión ilimitada de la frontera de mercantilización, así como al cuestionamiento de la visión dualista dominante, asociada a la modernidad. En consecuencia, es posible establecer una relación entre neoextractivismo (como dinámica de desarrollo dominante) y Antropoceno (como crítica a un determinado modelo de modernidad), a la hora de examinar sus consecuencias a escala planetaria. La crisis ecológica aparece así intrínsecamente ligada a la crisis de la modernidad. Parafraseando a Arturo Escobar (2005), nos advierte sobre la necesidad de pensar alternativas a la modernidad, otros paradigmas que re Coloquen en el centro la reproducción de la vida y apunten a la recreación del vínculo entre lo humano y lo no humano, desde un visión relacional, no dualista.

En tercer lugar, el neoextractivismo también nos conecta con la crisis económica global, en la medida en que el actual modelo de acumulación aparece asociado a las reformas llevadas a cabo por el capitalismo neoliberal y financiero, desde los años noventa en adelante, profundiza-

das a partir de la crisis financiera del año 2008. Por un lado, lo financiero cumple un rol fundamental en las operaciones de extracción de materias primas, así como en la organización de la logística de su circulación (Gago y Mezzadra 2015); por supuesto, también en la determinación de alzas y bajas de los precios de los commodities en las bolsas internacionales. Por otro lado, la crisis acentuó las desigualdades sociales, a partir de una política de ajuste económico que se extendió en los países centrales e hizo más atractivos modelos económicos que mercantilizan con mayor intensidad la naturaleza, como alternativa para combatir la recesión. De esta forma, desde los países centrales se está impulsando el llamado modelo economía verde con inclusión, que extiende el formato financiero del mercado del carbono hacia otros elementos de la naturaleza, como por ejemplo el aire, el agua, o procesos y funciones de la naturaleza (Svampa y Viale 2014).

En cuarto lugar, el neoextractivismo es una ventana privilegiada que nos permite realizar una lectura en términos geopolíticos, a partir del declive relativo de los Estados Unidos y el ascenso de China como potencia global. Esta situación de *transición hegemónica* es interpretada como el ingreso a un periodo caracterizado por policentrismo conflictivo y la pluralidad en términos culturales-civilizacionales, cuyas consecuencias todavía están por definirse. Desde las periferias globalizadas, tanto en América Latina y África como en ciertas regiones de Asia, la transición hegemónica trajo como correlato la intensificación de las exportaciones de materias primas, lo cual es visible en la consolidación de vínculos económicos y socioecológicos cada vez más desiguales, sobre todo con la República de China. Dicho de otro modo, en el actual contexto geopolítico, que señala al gran país asiático como nueva potencia, el neoextractivismo nos permite leer el proceso de reconfiguración global, que desde las periferias se va traduciendo por la expansión de las fronteras de los commodities y una reprimarización vertiginosa de las economías.

Last but not least, el neoextractivismo es una ventana privilegiada para realizar una lectura en términos de crisis de la democracia, esto es, de la relación entre régimen político, democracia y respeto de los derechos humanos. Ciertamente, la asociación entre neoextractivismo y tras-

tocamiento de las fronteras de la democracia aparece como un hecho indiscutible: sin licencia social, sin consulta a las poblaciones, sin controles ambientales y con escasa presencia del Estado, o aun con ella, la tendencia marca la manipulación de las formas de participación popular, con el objeto de controlar las decisiones colectivas. Por otro lado, el aumento de la violencia estatal y paraestatal abre la pregunta sobre los vínculos siempre tensos entre extractivismos y derechos humanos. La ecuación perversa entre “más extractivismo, menos democracia” (Svampa 2016), muestra el peligroso desliz hacia el cierre político, vista la creciente criminalización de las protestas socioambientales y el incremento del asesinato de activistas ambientales en todo el mundo, muy particularmente en América Latina.

En suma, el extractivismo recorre la memoria larga del continente y sus luchas, define un modo de apropiación de la naturaleza, un patrón de acumulación colonial, asociado al nacimiento del capitalismo moderno. Sin embargo, su actualización, en el siglo XXI, trae aparejada nuevas dimensiones a diferentes niveles: globales (transición hegemónica, expansión de la frontera de commodities, agotamiento de los bienes naturales no renovables, crisis socioecológica de alcance planetario), regionales y nacionales (relación entre el modelo extractivo-exportador, el Estado-nación y la captación de renta extraordinaria), territoriales (ocupación intensiva del territorio, luchas ecoterritoriales con participación de diferentes actores colectivos), en fin, políticas (emergencia de una nueva gramática política contestataria, aumento de la violencia estatal y paraestatal).

El neoextractivismo como estilo de desarrollo y modelo socioterritorial

El neoextractivismo contemporáneo puede ser caracterizado como un modelo de desarrollo basado en la sobreexplotación de bienes naturales, cada vez más escasos, en gran parte no renovables, así como en la expansión de las fronteras de explotación hacia territorios antes considerados como improductivos desde el punto de vista del capital. El mismo se ca-

racteriza por la orientación a la exportación de bienes primarios a gran escala, entre ellos, hidrocarburos (gas y petróleo), metales y minerales (cobre, oro, plata, estaño, bauxita, zinc, entre otros), así como productos ligados al nuevo paradigma agrario (soja, palma africana, caña de azúcar). Definido de este modo, el neoextractivismo designa algo más que las actividades consideradas tradicionalmente como extractivas, pues incluye desde la megaminería a cielo abierto, la expansión de la frontera petrolera y energética, la construcción de grandes represas hidroeléctricas y otras obras de infraestructura –hidrovías, puertos, corredores bioceánicos, entre otros–, hasta la expansión de diferentes formas de monocultivos o monoproducción, a través de la generalización del modelo de agronegocios, la sobreexplotación pesquera o los monocultivos forestales.

En esta línea, el neoextractivismo es también un modelo sociopolítico-territorial, plausible de ser analizado a escala nacional, regional o local. Por ejemplo, la expansión de la frontera sojera conllevó una reconfiguración del mundo rural en varios países de América del Sur:

Sólo entre 2000 y 2014 las plantaciones de soja en América del Sur se ampliaron en 29 millones de hectáreas, comparable al tamaño de Ecuador. Brasil y Argentina concentran cerca del 90% de la producción regional, si bien la expansión más rápida se ha producido en Uruguay, y Paraguay es el país donde la soja ocupa mayor superficie en relación al resto de cultivos: un 67% del área agrícola total (Oxfam 2016, 30).

Otro rasgo mayor del neoextractivismo es el gigantismo o la gran escala de los emprendimientos, la cual nos advierte también sobre la envergadura de las inversiones, pues se trata de megaemprendimientos capital-intensivos, antes que trabajo-intensivos. Esto hace referencia al carácter de los actores intervinientes –en general, grandes corporaciones transnacionales–, aunque por supuesto no están excluidas las llamadas translatinas, esto es, megaempresas nacionales como Petróleo Brasileiro (Petrobras), Petróleos de Venezuela (Pdvs) y aun la argentina Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), entre otras. Al mismo tiempo, esto nos advierte sobre una variable importante de los megaproyectos; la escasa generación de

empleos directos (cuyo máximo se alcanza en la etapa de construcción del emprendimiento). Por ejemplo, para el caso de la minería a gran escala, por cada millón de dólares invertido se crean apenas entre 0.5 y 2 empleos directos (Colectivo Voces de Alerta, 2011). En Perú, país por excelencia de la megaminería transnacional, ésta ocupa apenas 2% de la población económicamente activa (PEA), contra 23% de la agricultura, 16% en comercio y casi 10% en manufacturas (Lang y Mokrani 2012).

Asimismo, el neoextractivismo presenta una determinada dinámica territorial cuya tendencia es la ocupación intensiva del territorio y el acaparamiento de tierras, a través de formas ligadas al monocultivo o monoproducción, una de cuyas consecuencias es el desplazamiento de otras formas de producción (economías locales/regionales), así como de poblaciones. En esta línea, a inicios del siglo XXI, el neoextractivismo redefinió la disputa por la tierra, lo cual enfrenta de modo asimétrico poblaciones pobres y vulnerables, con grandes actores económicos, interesados en implementar cultivos transgénicos ligados a la soja, la palma de aceite, la caña de azúcar, entre otros. De acuerdo con el informe de Oxfam (con datos de los censos agropecuarios de 15 países), “en conjunto en la región, el 1% de las fincas de mayor tamaño concentra más de la mitad de la superficie agrícola. Dicho de otro modo, el 1% de las fincas acapara más tierra que el 99% restante”. Colombia es el país más desigual en el reparto de la tierra, donde 0.4% de las explotaciones agropecuarias domina 68% de la tierra del país, le sigue Perú donde 77% de las fincas está en manos de 1%, luego Chile (74%), Paraguay (71%), Bolivia donde 1% maneja 66% de las fincas, México con 56%, Brasil con 44% del territorio agrícola para 1% de las fincas. En Argentina, 36% está en manos de latifundistas y pools de siembra.⁴

Para Gian Carlo Delgado,

el despojo de tierras debe considerarse la apropiación de aquellas destinadas a 1) monocultivos, incluyendo los denominados “comodín”

⁴ Los datos de Oxfam (2016) se dieron a conocer en noviembre de 2016. Se aclara que éstos se refieren a las explotaciones y no a las personas; por ende, no contabiliza campesinos sin tierra y aportan muy poca información sobre la propiedad colectiva (para los casos de Bolivia, Colombia y Perú). Véase también Aranda (2017).

o *flex* (alimentos/bioenergía/insumos de producción; por ejemplo, maíz, caña, palma africana), y la producción de insumos no alimenticios tales como la celulosa; 2) el acceso, gestión y usufructo de recursos como los minerales energéticos y no-energéticos, así como 3) de agua potable (o *blue grabbing*); y para 4) la conservación o la denominada apropiación verde de las tierras o *green grabbing*, que incluye desde la conformación de áreas protegidas de tipo privado, hasta la instauración de proyectos de mitigación del cambio climático como los denominados redd+ (proyectos de reducción de emisiones por deforestación y degradación + de conservación) (Delgado 2016, 54).

Consenso de los Commodities e ilusión desarrollista

En América Latina el neoextractivismo se expandió en un contexto de cambio de época, marcado por el pasaje del Consenso de Washington, asociado a la valorización financiera y el ajuste estructural, al Consenso de los Commodities basado en la exportación a gran escala de bienes primarios, el crecimiento económico y la expansión del consumo (Svampa 2013). Efectivamente, a diferencia de los años noventa, a partir del año 2000-2003 las economías latinoamericanas fueron favorecidas por los altos precios internacionales de los productos primarios (commodities), todo lo cual se vio reflejado en las balanzas comerciales y el superávit fiscal. El hecho no puede ser desestimado, sobre todo luego del largo periodo de estancamiento y regresión económica de las décadas anteriores, particularmente el periodo abiertamente neoliberal (los noventa). En esta coyuntura económica favorable –al menos hasta 2013–, los gobiernos latinoamericanos tendieron a subrayar las ventajas comparativas del auge de los commodities, negando o minimizando las nuevas desigualdades y asimetrías socioambientales, que traía aparejada la consolidación de un modelo de desarrollo basado en la exportación de materias primas a gran escala. En esa línea, todos los gobiernos la-

inoamericanos, más allá del signo ideológico, habilitaron el retorno en fuerza de una visión productivista del desarrollo lo que, junto con la ilusión desarrollista, conllevó la negación y escamoteo de las discusiones de fondo acerca de los impactos sociales, ambientales, territoriales, políticos, del neoextractivismo, así como la desvalorización de las movilizaciones y protestas socioambientales emergentes.

En términos de consecuencias, el Consenso de los Commodities fue caracterizándose por una dinámica compleja, vertiginosa y de carácter recursivo, que debe ser leída desde una perspectiva múltiple. Así, desde el punto de vista económico, se fue traduciendo por una nueva tendencia a la reprimarización de la economía, visible en la reorientación hacia actividades primario extractivas, con escaso valor agregado. Dicho “efecto de reprimarización” fue agravado por el ingreso de China, potencia que de modo acelerado irá imponiéndose como socio desigual en el conjunto de la región latinoamericana. En 2014, en los países del Mercosur, las exportaciones de bienes primarios se situaban entre 65% (Brasil) y 90% (Paraguay) (Cepal 2015).⁵ Incluso un país como Brasil, que cuenta con una economía diversificada, sufrió por esta razón lo que el economista francés Pierre Salama (2011) caracterizó como un fenómeno de “desindustrialización temprana”.

El Consenso de los Commodities puede leerse tanto en términos de rupturas como de continuidades en relación con el anterior periodo del Consenso de Washington. Ruptura porque existen elementos importantes de diferenciación respecto de los años noventa, asociados al Consenso de Washington, cuya agenda estaba basada en una política de ajustes y pri-

⁵ Según J. Burchardt, habría que distinguir tres dinámicas regionales en el contexto de expansión de las economías extractivas en América Latina. Por un lado, están aquellos países que se destacan por la tendencia a la monoproducción a través de la exportación de materias primas, como Ecuador y Venezuela (petróleo), Perú y Chile (minería), y Bolivia (gas). Por otro lado, están aquellos países que cuentan con una economía diversificada, pero que efectivamente han incrementado los sectores extractivos, como es el caso de Brasil con la minería, la soja y ahora el petróleo a través del presal. Finalmente, están los países de América Central y México, que durante la primera fase del Consenso de los Commodities no habían apostado completamente al extractivismo, pero avanzan claramente en esa dirección (Burchardt 2016, 63).

vatizaciones, así como en la valorización financiera, lo cual terminó por redefinir al Estado como un agente metarregulador. Asimismo, el neoliberalismo operó una suerte de homogeneización política en la región, marcada por la identificación o fuerte cercanía con las recetas del Banco Mundial. A diferencia de ello, el Consenso de los Commodities puso en el centro la implementación masiva de proyectos extractivos orientados a la exportación, estableciendo un espacio de mayor flexibilidad en cuanto al rol del Estado, lo cual permite el despliegue y coexistencia entre gobiernos progresistas, que han cuestionado el consenso neoliberal en su versión ortodoxa, con aquellos otros gobiernos que continúan profundizando una matriz política conservadora en el marco del neoliberalismo.

Ciertamente, en la visión progresista, el Consenso de los Commodities aparece asociado a la acción del Estado, así como a una batería de políticas económicas y sociales dirigidas a los sectores más vulnerables, cuya base fue la renta extraordinaria asociada al modelo extractivo-exportador. En el nuevo contexto, se recuperaron ciertas herramientas y capacidades institucionales del Estado, el cual volvió a erigirse en un actor regulador y, en ciertos casos, en un agente de redistribución. Sin embargo, en el marco de las teorías de la gobernanza mundial, que apuntan a una institucionalidad basada en marcos supranacionales, la tendencia no es precisamente a que el Estado nacional devenga un megaactor, o que su intervención garantice cambios de fondo. Al contrario, la hipótesis de máxima apunta al retorno de un Estado moderadamente regulador, capaz de instalarse en un espacio de geometría variable, esto es, en un esquema multiactoral, de complejización de la sociedad civil, ilustrada por movimientos sociales, organización no gubernamental (ONG) y otros actores, pero en estrecha asociación con los capitales multinacionales, cuyo peso en las economías latinoamericanas lejos de retroceder, aumentó de modo importante. De este modo, aunque el planteo progresista haya sido heterodoxo y se haya apartado del neoliberalismo en cuanto al rol orientador del Estado, como señala el economista argentino Mariano Feliz, éste estuvo lejos de cuestionar la hegemonía del capital trasnacional en la economía periférica (Feliz 2012, 24-27). Esta realidad colocó límites claros a la acción del Estado nacional así como

un umbral inexorable a la propia demanda de democratización de las decisiones colectivas, provenientes de las comunidades y poblaciones afectadas por los grandes proyectos extractivos.

Por otro lado, hay que señalar que en América Latina, gran parte de las izquierdas y del progresismo populista continúan sosteniendo una visión productivista del desarrollo,⁶ la cual se nutre de una tendencia a privilegiar de manera exclusiva una lectura del conflicto social en términos de oposición entre capital y trabajo, minimizando o colocando escasa atención a las relaciones capital-naturaleza, así como en las nuevas luchas sociales concentradas en la defensa del territorio y los bienes comunes. En ese contexto, sobre todo al principio del ciclo progresista, la dinámica de desposesión tendió a convertirse en un punto ciego, no conceptualizable. Como consecuencia de ello, las problemáticas socioambientales fueron consideradas como una preocupación secundaria, o lisa y llanamente cuestiones sacrificables, en vistas de los problemas estructurales de pobreza y exclusión de las sociedades latinoamericanas. Así, pese a que en las últimas décadas las izquierdas y los populismos latinoamericanos llevaron a cabo un proceso de revalorización de la matriz comunitario-indígena, gran parte de las mismas continúan adhiriendo a una visión productivista y eficientista del desarrollo, muy vinculadas con la ideología hegemónica del progreso, asentada en la confianza en la expansión de las fuerzas productivas.

En consecuencia, los gobiernos progresistas buscaron justificar el neoextractivismo afirmando que éste es la vía que permite generar divisas al Estado, luego reorientadas a la redistribución del ingreso y al consumo interno, o bien hacia actividades con mayor contenido de valor agregado. Este discurso cuyo alcance real debería ser analizado caso por caso, y según diferentes fases o momentos, buscaba oponer de modo

⁶ El productivismo se basa en la idea del crecimiento indefinido e implica un no reconocimiento de los límites de sostenibilidad del planeta. Una excelente definición es aportada por Joaquim Sempere, quien utiliza “el término ‘productivismo’ para designar cualquier metabolismo social que no respete los límites de la sostenibilidad ecológica porque considera que la especie humana puede permitirse explotar a voluntad y sin límites los recursos naturales” (Sempere 2015).

simplista la cuestión social (la redistribución, las políticas sociales) con la problemática ambiental (la preservación de los bienes comunes, el cuidado del territorio), al tiempo que dejaba afuera discusiones complejas y fundamentales sobre el desarrollo, la sustentabilidad ambiental y la democracia. En realidad, en nombre de las “ventajas comparativas”, los gobiernos latinoamericanos buscaron promover un modelo de inclusión asociado al consumo, en clave plebeya-progresista, negando incluso su carácter cortoplacista. Dicho acoplamiento transitorio entre avance del Estado, crecimiento económico y modelo de ciudadano consumidor fue la condición de posibilidad del éxito electoral y de permanencia en el poder de los diferentes gobiernos (por la vía de la reelección).

Más simple, la confirmación de América Latina como una economía adaptativa respecto de los diferentes ciclos de acumulación, y por ende la aceptación del lugar que ésta ocupa en la división global del trabajo, constituye uno de los núcleos duros que atraviesan sin solución de continuidad el Consenso de Washington y el Consenso de los Commodities, más allá de que los gobiernos progresistas hayan enfatizado una retórica que reivindicaba la autonomía económica y la soberanía nacional, y postularan la construcción de un espacio latinoamericano.

Por último, el modelo de desarrollo no sólo se fue apoyando en una visión instrumental y productivista, también implicó la actualización de imaginarios sociales ligados a la (histórica) abundancia de los recursos naturales (la *visión eldoradista* del continente). En algunos países, este imaginario aparecía conectado con la experiencia de la crisis, esto es, con el legado excluyente de los noventa, que produjo el aumento de las desigualdades y la pobreza. Por ejemplo, el final de “la larga noche neoliberal”, en la expresión del expresidente ecuatoriano R. Correa, tenía un correlato político y económico, vinculado a la gran crisis de los primeros años del siglo XXI (desempleo, reducción de oportunidades, migración, inestabilidad política). Este tópico apareció también de manera recurrente en el discurso de Néstor y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina sobre “el país normal”, para contraponer los indicadores económicos y sociales de sus respectivos gobiernos con los años neoliberales (los noventa, bajo el ciclo neoliberal de C. Menem) y, sobre todo,

con aquellos de la gran crisis que sacudió a ese país en 2001-2002 con el final de la convertibilidad entre el peso y el dólar.

Así, en el marco de una nueva fase de expansión de las fronteras del capital, América Latina retomó este mito fundante y primigenio, alimentando una suerte de pensamiento mágico (Zavaletta 2009), lo que hemos denominado ilusión desarrollista, expresada en la idea de que, gracias a las oportunidades económicas (el alza de los precios de las materias primas y la creciente demanda, proveniente sobre todo desde China), sería posible acortar rápidamente la distancia con los países industrializados, a fin de alcanzar aquel desarrollo siempre prometido y nunca realizado de nuestras sociedades. Sea en el lenguaje crudo de la desposesión (perspectiva liberal) como en aquel que apunta al control del excedente por parte del Estado (perspectiva progresista), los modelos de desarrollo vigente, basados en paradigma extractivista, reactualizaron el imaginario eldoradista que recorre la historia del continente.

En consecuencia, el escenario latinoamericano fue mostrando no sólo un acoplamiento entre neoextractivismo, ilusión desarrollista y neoliberalismo, expresado de manera paradigmática por los casos de Perú, Colombia o México, sino también entre neoextractivismo, ilusión desarrollista y gobiernos progresistas, lo cual trajo como consecuencia la complejización de la relación entre éstos y los movimientos indígenas y socioambientales. Aquellos escenarios latinoamericanos más paradójicos del Consenso de los Commodities durante el apogeo del ciclo progresista fueron Bolivia y Ecuador. El tema no es menor, dado que fueron estos países, en el marco de fuertes procesos participativos, donde nacieron nuevos conceptos-horizontes como el de Estado plurinacional, autonomías, buen vivir y derechos de la naturaleza, tal como aparece reflejado en las nuevas constituciones sancionadas. Sin embargo, con la consolidación de dichos regímenes, otras cuestiones fueron cobrando importancia, vinculadas a la exportación de materias primas y su relación con el crecimiento económico.

Tal como lo entiendo, el Consenso de los Commodities tiene también una carga político-ideológica, pues alude a la idea de que existiría un acuerdo –tácito o explícito– acerca del carácter irresistible de la actual dinámica extractivista, producto de la creciente demanda global de bienes

primarios. Tal como sucedía en los años dorados del neoliberalismo, en los ochenta y noventa, cuando el discurso dominante afirmaba que no había alternativa al neoliberalismo, a partir del año 2000 las élites políticas de la región (progresistas y conservadoras) sostuvieron que no existe alternativa al extractivismo, lo cual apuntaba a poner límites a las resistencias colectivas sobre la base de la “sensatez y razonabilidad” que ofrecerían las diferentes versiones del capitalismo progresista, al tiempo que instalaba un nuevo umbral histórico-comprensivo respecto de la producción de alternativas. Como sostiene Mirta Antonelli, “la imposición de un único relato y con él un único mundo posible”, busca controlar y neutralizar lógicas que proveen “otros argumentos, otras razones, otras memorias y sentires, otros proyectos societales” (Antonelli 2011, 11). En consecuencia, todo discurso crítico u oposición radical se inserta en el campo de la irracionalidad, la antimodernidad, la negación del progreso, del pachamamismo, del ecologismo infantil, cuando no de un ambientalismo colonial, impulsado siempre por algunas ONG o agentes extranjeros. Así, a diferencia de los noventa, cuando el continente aparecía reformateado de manera unidireccional por el modelo neoliberal, el nuevo siglo vino signado por un conjunto de tensiones y contradicciones de difícil procesamiento. El pasaje del Consenso de Washington al Consenso de los Commodities instaló nuevas problemáticas y paradojas que reconfiguraron incluso el horizonte del pensamiento crítico latinoamericano y el conjunto de las izquierdas.

En suma, por encima de las diferencias que es posible establecer en términos político-ideológicos y los matices que podamos hallar, el escenario latinoamericano muestra la consolidación de un modelo de apropiación y explotación de los bienes comunes, que avanza sobre las poblaciones a partir de una lógica vertical (de arriba hacia abajo), colocando en un gran tembladeral los avances producidos en el campo de la democracia participativa e inaugurando un nuevo ciclo de criminalización y violación de los derechos humanos.